

ASI NO SALVA JESUCRISTO
Cruzando el umbral de la esperanza
Juan Pablo II

¿Qué significa salvar? ¿Por qué la salvación es el corazón mismo del Cristianismo?

PREGUNTA

El Santo Padre no ignora que en la cultura actual nosotros, «la gente corriente», corremos el riesgo de no comprender siquiera el verdadero significado de las propias bases en que se apoya el planteamiento cristiano.

Le pregunto, pues: Para la fe, ¿qué significa «salvar»? ¿En qué consiste esa «salvación» que, como Usted repite, es el corazón mismo del cristianismo?

RESPUESTA

Salvar significa liberar del mal. Aquí no se trata solamente del mal social, como la injusticia, la opresión, la explotación; ni solamente de las enfermedades, de las catástrofes, de los cataclismos naturales y de todo lo que en la historia de la humanidad es calificado como desgracia.

Salvar quiere decir liberar del mal radical, definitivo. Semejante mal no es siquiera la muerte. No lo es si después viene la Resurrección. Y la Resurrección sucede por obra de Cristo. Por obra del Redentor la muerte cesa de ser un mal definitivo, está sometida al poder de la vida.

El mundo no tiene un poder semejante. El mundo, que puede perfeccionar sus técnicas terapéuticas en tantos ámbitos, no tiene el poder de liberar al hombre de la muerte. Y por eso el mundo no puede ser fuente de salvación para el hombre. Solamente Dios salva, y salva a toda la humanidad en Cristo. El mismo nombre de Jesús, Jeshua -«Dios que salva»-, habla de esta salvación. En la historia llevaron este nombre muchos israelitas, pero se puede decir que sólo pertenecía a este Hijo de Israel, que tenía que confirmar Su verdad: «¿No soy yo el Señor? Fuera de mí no hay otro Dios; un Dios justo y salvador no lo hay fuera de mí» (cfr. Isaías 45,21).

Salvar quiere decir liberar del mal radical. Semejante mal no es solamente el progresivo declinar del hombre con el paso del tiempo y su abismarse final en la muerte. Un mal aún más radical es el rechazo del hombre por parte de Dios, es decir, la condenación eterna como consecuencia del rechazo de Dios por parte del hombre.

La condenación es lo opuesto a la salvación. La una y la otra se unen con el destino del hombre a vivir eternamente. La una y la otra presuponen la inmortalidad del ser humano. La muerte temporal no puede destruir el destino del hombre a la vida eterna.

¿Y qué es esta vida eterna? Es la felicidad que proviene de la unión con Dios. Cristo afirma: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y al que has enviado, Jesucristo» (Juan 17,3). La unión con Dios se actualiza en la visión del Ser divino «cara a cara» (1 Corintios 13,12), visión llamada «beatífica», porque lleva consigo el definitivo cumplimiento de la aspiración del hombre a la verdad. En vez de tantas verdades parciales, alcanzadas por el hombre mediante el conocimiento precientífico y científico, la visión de Dios «cara a cara»

permite gozar de la absoluta plenitud de la verdad. De este modo es definitivamente satisfecha la aspiración humana a la verdad.

La salvación, sin embargo, no se reduce a esto. Conociendo a Dios «cara a cara», el hombre encuentra la absoluta plenitud del bien. La intuición platónica de la idea de bien encuentra en el cristianismo su confirmación ultrafilosófica y definitiva. No se trata aquí de la unión con la idea de bien, sino de la unión con el Bien mismo. Dios es este bien. Al joven que preguntaba: «¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?», Cristo le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios» (Marcos 10,17-18).

Como plenitud del Bien, Dios es plenitud de la vida. La vida es en Él y es por Él. Ésta es la vida que no tiene límites de tiempo ni de espacio. Es «vida eterna», participación en la vida de Dios mismo, y se realiza en la eterna comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. El dogma de la Santísima Trinidad expresa la verdad sobre la vida íntima de Dios, e invita a que se la acoja. En Jesucristo el hombre es llamado a semejante participación y es llevado hacia ella.

La vida eterna es precisamente esto. La muerte de Cristo da la vida, porque permite al creyente tomar parte en Su Resurrección. La Resurrección misma es la revelación de la vida, que se confirma más allá de los confines de la muerte. Cuando aún no había muerto y resucitado, Cristo resucitó a Lázaro y, antes de hacerlo, sostuvo aquella significativa conversación con sus hermanas. Marta le dice: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto.» Cristo responde: «Tu hermano resucitará.» Marta replica: «Sé que resucitará en el último día.» Y Jesús: «Yo soy la Resurrección y la vida. [...] Todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre» (Juan 11,21 y 23-26).

Estas palabras dichas con ocasión de la Resurrección de Lázaro contienen la verdad sobre la Resurrección de los cuerpos obrada por Cristo. Su Resurrección y Su victoria sobre la muerte abrazan a todo hombre. Somos llamados a la salvación, somos llamados a la participación en la vida que se ha revelado mediante la Resurrección de Cristo.

Según san Mateo, esta Resurrección debe estar precedida por el juicio sobre las obras de caridad que se hayan llevado a cabo o, al contrario, no realizado. Como consecuencia del juicio, los justos son destinados a la vida eterna. Existe también el destino a la condenación eterna, que no es otra cosa que el definitivo rechazo de Dios, la definitiva ruptura de la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En ella no es tanto Dios quien rechaza al hombre como el hombre quien rechaza a Dios.

La eterna condenación está claramente afirmada en el Evangelio. ¿En qué medida encuentra su cumplimiento en la vida de ultratumba? Esto, en definitiva, es un gran misterio. No es posible, sin embargo, olvidar que Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2,4).

La felicidad que brota del conocimiento de la verdad, de la visión de Dios cara a cara, de la participación de Su vida, esta felicidad, es tan profundamente acorde con esa aspiración, que está inscrita en la esencia del hombre, que las palabras que acabo de citar de la Primera Carta a Timoteo quedan plenamente justificadas: el que ha creado al hombre con esta fundamental inclinación no puede comportarse de modo distinto a cuanto está escrito en el texto revelado, no puede no querer «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad».

El cristianismo es una religión salvífica, soteriológica. La soteriología es la de la Cruz y la de la Resurrección. Dios quiere que «el hombre viva» (cfr. Ezequiel 18,23), se acerca a él mediante

la Muerte del Hijo para revelarle la vida a la que le llama en Dios mismo. Todo hombre que busque la salvación, no sólo el cristiano, debe detenerse ante la Cruz de Cristo.

¿Aceptará la verdad del Misterio pascual o no? ¿Creerá? Esto es ya otra cuestión. Este Misterio de salvación es un hecho ya consumado. Dios ha abrazado a todos con la Cruz y la Resurrección de su Hijo. Dios abraza a todos con la vida que se ha revelado en la Cruz y en la Resurrección, y que se inicia siempre de nuevo por ella. El Misterio está ya injertado en la historia de la humanidad, en la historia de cada hombre, como queda significado en la alegoría de la «vid y los sarmientos», recogida por Juan (cfr. Juan 15,1 8).

La soteriología cristiana es soteriología de la plenitud de vida. No es solamente soteriología de la verdad descubierta en la Revelación, sino que al mismo tiempo es también soteriología del amor. En un cierto sentido es, en primer lugar, soteriología del Amor Divino.

Es sobre todo el amor el que posee poder salvífico. El poder salvífico del amor-según las palabras de san Pablo en la Carta a los Corintios- es más grande que el puro conocimiento de la verdad: «Éstas son, pues, las tres cosas que permanecen: la fe, la esperanza y la caridad; pero, de entre todas ellas, ¡la más grande es la caridad!» (1 Corintios 13,13). La salvación por medio del amor es, al mismo tiempo, participación en la plenitud de la verdad, y también en la plenitud de la belleza. Todo esto es Dios. Dios ha abierto todos estos «tesoros de vida y de santidad» ante el hombre en Jesucristo (Letanías del Sagrado Corazón de Jesús).

El hecho de que el cristianismo sea una religión soteriológica se manifiesta en la vida sacramental de la Iglesia. Cristo, que vino para que «tuviésemos la vida, y la tuviésemos en abundancia» (cfr. Juan 10,10), abre ante nosotros las fuentes de esta vida. Lo hace de modo especial por medio del Misterio pascual, de la Muerte y Resurrección; a él están unidos tanto el Bautismo como la Eucaristía, sacramentos que crean en el hombre un germen de vida eterna. En el Misterio pascual Cristo ha fijado el poder de regeneración en el sacramento de la Reconciliación; después de la Resurrección, dijo a los apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les serán perdonados» (Juan 20,22-23).

El hecho de que el cristianismo sea una soteriología tiene también su expresión en el culto. En el centro de todo el opus laudis («obra, trabajo de alabanza») está la celebración de la Resurrección y de la vida.

La Iglesia oriental, en su liturgia, se centra fundamentalmente en la Resurrección. La Iglesia occidental, aun manteniendo la primacía de la Resurrección, ha ido más lejos en dirección a la Pasión. El culto a la Cruz de Cristo ha modelado la historia de la piedad cristiana y ha dado lugar a los más grandes santos que hayan salido del seno de la Iglesia a lo largo de los siglos. Todos, comenzando por san Pablo, han sido «amantes de la Cruz de Cristo» (cfr. Gálatas 6,14). Entre ellos ocupa un lugar especial san Francisco de Asís, aunque no sólo él. No hay santidad cristiana sin devoción a la Pasión, como no hay santidad sin el primado del Misterio pascual.

La Iglesia oriental atribuye una gran importancia a la fiesta de la Transfiguración. Los santos ortodoxos manifiestan, sobre todo, este misterio. Los santos de la Iglesia católica no raramente fueron estigmatizados, empezando por Francisco de Asís; llevaron en sí mismos la señal física de su semejanza con Cristo en Su Pasión. De este modo, en el transcurso de dos mil años, se ha ido formando esta gran síntesis de vida y de santidad, cuyo centro es siempre Cristo.

A pesar de toda su orientación hacia la vida eterna, hacia esa felicidad que se encuentra en Dios mismo, el cristianismo, y especialmente el cristianismo occidental, no ha sido nunca una religión indiferente con respecto al mundo; ha estado siempre abierto al mundo, a sus

interrogantes, a sus inquietudes, a sus expectativas. Esto queda expresado de modo especial en la Constitución Gaudium et Spes, debida a la iniciativa personal de Juan XXIII. Antes de morir, el papa Roncalli tuvo aún tiempo de entregarla al Concilio, como deseo personal Suyo.

El aggiornamento no es sólo la renovación de la Iglesia en sí misma, no es sólo la unidad de los cristianos, «para que el mundo crea» (Juan 17,21), es también, y sobre todo, la acción salvífica en favor del mundo. Es acción salvífica que se centra en esta «forma del mundo que pasa» (cfr. 1 Corintios 7,31), pero que está constantemente orientada hacia la eternidad, hacia la plenitud de la vida. La Iglesia no pierde de vista esa plenitud definitiva, a la que nos conduce Cristo. Con esto queda confirmada -a través de todas las dimensiones de la vida humana, de la vida temporal la constitución soteriológica de la Iglesia. La Iglesia es cuerpo de Cristo: cuerpo vivo, y que da la vida a todas las cosas.

Tomado de www.encuentra.com

PASTORAL GRUPOS MUSICALES PARROQUIALES JUVENILES
ARQUIDIOCESIS PRIMADA DE MEXICO
Tels. 52-76-21-76 y (044) 25-51-84-12 eMail: mleonr75@yahoo.com.mx
<http://gruposmusicalesparroquiales.org>